La Clavícula de Salomón: la magia como osamenta expresiva de los miedos y deseos humanos

El ser humano ha abordado su relación social y con el medio de diferentes maneras. Ha articulado diversos conjuntos de estrategias para controlar su vida y superar sus limitaciones en un entorno que a veces supera su capacidad de comprensión y de acción. La Magia es uno de estos recursos que frente a fenómenos incomprensibles genera soluciones espectaculares.

La Clavícula de Salomón

En la actualidad podemos encontrar, en librerías o por Internet, varias versiones de un texto titulado *Las Clavículas de Salomón* y que no es ni más ni menos que uno de los más legendarios tratados de Magia. Su redacción se configura a modo de testamento, transmisión personal y muy secreta, de un padre a un hijo (maestro y discípulo). Salomón, rey de Israel, supuesto autor del libro, dejaba, así pues, como legado una serie de conocimientos mágicos a su hijo Roboam, rey de Judá, posiblemente hacia el año 931 a. C., año de su fallecimiento. Verdaderamente, aunque el contenido de tal legado era sólo una parte de toda su sabiduría, este saber resultaba ser uno de sus más preciados tesoros. Y si damos crédito a todo lo que se relataba que se podría conseguir siguiendo sus indicaciones, verdaderamente Roboam debería de estar agradecido a su padre por siempre jamás, pues le abría las puertas a otras realidades y a arcanos poderes.

Pero, ¿cómo llegaron hasta Salomón dichos conocimientos? Podría decirse, por el rastreo de las características de los rituales y oraciones referidas, que su origen bebe de fuentes egipcias, babilónicas (especialmente caldeas) y griegas, con un fuerte peso del componente astrológico. Esto, de partida, nos hace dudar de su datación en tiempos salomónicos, por lo menos la de las versiones llegadas. No obstante, sí puede permitirnos comprobar cómo el mundo hebreo, en ese trasiego de intercambios culturales en Oriente Medio, habría ido configurando un cuerpo mágico propio con la influencia de las tradiciones vecinas, especialmente, la babilónica y la egip-

cia. Vínculos que en el caso salomónico se afianzaron como refleja su alianza matrimonial con el Egipto faraónico o la sobresaliente prosperidad cultural y económica de un Israel ampliamente relacionado con su entorno geográfico.

Es más, cabría apelar a una posible toma por parte de la Magia hebrea del relevo histórico de dichas tradiciones mágicas, sustituyéndolas en la supremacía. No olvidemos que ya Moisés y Arón (luego Aharón) dejaron zanjada, unos siglos antes de Salomón, su superioridad durante su enfrentamiento contra los magos del Faraón (*Éxodo*, 7, 7-13; *Azoras* XX, 59-74, XXVI, 9-48, XXVIII, 30-37). Incluso, si hablamos de Salomón como portador de grandes conocimientos mágicos, el patriarca Moisés no podía ser menos y muchos son los prodigios relatados en las *Escrituras* que nos muestran que era portador de un poder extraordinario, aunque emanado de Dios. Es más, incluso nos ha llegado una supuesta obra suya, *Libro sagrado llamado Mónada o Libro Octavo de Moisés*, conservada en papiros de la etapa helenística (Papiro Leiden J 395, P XIII), y que curiosamente hace referencia a otra obra suya, *La llave* (sic), y que comunicaría toda una serie de correspondencias e indicaciones como se hará en *Las Clavículas* (las llaves).

La verdad es que sería tentador imaginarse un supuesto “espionaje tecnológico” entre los diferentes pueblos antiguos que habría acabado desencadenando un gran golpe, realizado por el pueblo judío a través del prófugo por asesinato, Moisés, y de su hermano Arón. Con paciencia y aprovechando su privilegiada situación, desde joven Moisés había accedido con paciencia a los más secretos saberes mágicos de la gran civilización egipcia, depositados y guardados por escogidos sacerdotes en templos muy concretos. Una vez conocidos, se presentaron los dos ante el Faraón para intentar alcanzar un acuerdo por las buenas para liberar a su gente. Como eran ya octogenarios, tenían el pretexto perfecto para que les dejasen entrar apoyados en sus bastones, sin que sospechasen que eran báculos mágicos. Como veían que no conseguían nada, Moisés mandó a Arón que usase de su arma contra sus esbirros. No fue bastante. Tuvo que ser luego Moisés quien desplegase, durante varios días, toda su artillería mágica para minar la postura del Faraón. Pero, tras conseguirlo se desencadenó la más emocionante persecución que vieron los tiempos, el Éxodo, y con ello, la construcción de toda una cultura religiosa, con su aparato material, ritual y preceptivo. Estos saberes se conservarían después cuidadosamente, para no ser mal empleados, a la espera de las circunstancias adecuadas para su uso. Luego, en un momento propicio de estabilidad y unidad, Salomón recibiría tan poderoso saber, haciendo uso de él. Ciertamente, es tan fácil fabu-

lar al tratar estos temas que sólo hay que echar un vistazo al escaparate de cualquier librería.

Pero no hay por qué darle tantas y tantas vueltas a este asunto cuando es el mismo Salomón quien nos desvela la solución al enigma de cómo alcanzó dichos conocimientos. Así lo indica en el texto: un ángel se le apareció y se los reveló por infusión. No es extraño, ya en la *Biblia* se describe esa especial relación entre Salomón y lo divino y cómo Dios en sueños le entregó toda la sabiduría inimaginable (*Libro de los Reyes*, 3, 5-15). De este modo, la sabiduría de Salomón sobrepasaba la de todos los hijos de Oriente y la sabiduría toda de Egipto (*Libro de los Reyes*, 4, 29-34), que era por aquel tiempo como decir que no había ni hubo nadie más sabio que él y que no había pueblo más poderoso que el hebreo. Podía así discernir sin problemas entre el bien y el mal y conocer cualquier secreto de la naturaleza animada e inanimada y, consecuentemente, ejercer un feliz y provechoso gobierno.

Recurrente recurso el de la aparición angélica como explicación a ciertos prodigios y que nos recuerda diferentes episodios de la tradición bíblica y de la literatura mágica. Igualmente, dicho hecho se presenta como un eficaz garante del control en el acceso selectivo a ciertos conocimientos que convenía comunicar discretamente. De este modo, nadie que no formase parte de la cadena de transmisión oral, cuyo eslabón original sobre la Tierra sería Salomón, podría participar de dicho saber. Hecho subrayado en el texto, al recalcar el elemento testamentario y sanguíneo de la transmisión padre-hijo. Tras su fijación escrita, sólo los que tuviesen un contacto directo con el texto tendrían acceso a dicho saber, salvo, claro está, si se le apareciese a otro un arcángel y le suministrase dichos saberes, creando otra nueva cadena. Jugadas como esta no serían extrañas y, en ocasiones, han sido incluso la causa de la constitución de nuevas religiones al servicio de un Dios común.

Así, prosiguiendo con la sucesión legendaria, tras Roboam, los Rabinos perpetuaron la transmisión de este legado, recibiendo éste con el tiempo el título de *Clauicula Salomonis*, por contener ciertas claves secretas que permitían obrar cosas prodigiosas. No se sabría decir en que momento saldrían estos conocimientos del entorno hebreo, o sea se rompería la “transmisión sanguínea”, pero ya durante el Imperio romano la Magia hebrea tuvo gran predicamento y algunos afirmaban la existencia de un tratado de magia escrito por Salomón, como es el caso del historiador judeorromano Flavius Josephus (37-c. 100), autor de *De Iudaeorum Vetustate*.

Evidentemente, la fijación escrita y la traducción sistemática de los textos mágicos aconteció, seguramente, a la vez que la de los conocimientos cabalísticos o herméticos, en la Baja Edad Media, a partir de los siglos XII y XIII. Es un momento histórico clave, pues se asiste a la construcción de una cultura al margen de la Iglesia, en torno a las universidades y abierta a otros ámbitos culturales ajenos a la Cristiandad, como el Islam. Sin embargo, los testimonios bibliográficos más fehacientes acerca del ciclo salomónico se remontarían al siglo XIV, teniendo gran importancia en su fijación y transmisión los focos hebreos sefarditas e italianos, añadiéndose a todo ello las conversiones o la diáspora judía de 1492, que fomentaron grandemente su difusión europea. De todos modos, en la transmisión de la literatura mágica durante la Edad Media participarían tanto judíos como árabes y cristianos.

Su transmisión se haría mediante copias manuscritas, en hebreo o en latín y con frecuentes adulteraciones, correcciones, mutilaciones o aumentos. Pues, aunque se nos suele presentar como una obra trasmitida inalterada por la tradición, parece haberse ido rehaciendo o completándose. Incluso, en algún caso se han localizado procesos de cristianización de sus contenidos, en ese afán por superar su persecución o hacerlos más vigentes, o libros de magia cristiana inspirados en parte o buena parte en dicha obra.

Obviamente, este legado hubo de adoptar muy diferentes formas, apareciendo con el mismo título obras que diferían entre sí en una mayor o menor medida. Aunque siempre en todos ellos podía contemplarse una estructuración y unos contenidos similares, con presencia de tablas astrológicas y correspondencias, listados de ángeles y signos, instrucciones para rituales, recetas mágicas, pantáculos u objetos mágicos, etc. Por consiguiente, muchos otros títulos se hacían partícipes de la *Magia Salomonis* o conocimientos salomónicos, sucediéndose multitud de títulos anónimos o firmados hasta los tiempos modernos y que se decían la auténtica versión (*Liber Salomonis*, *Alma del Salomonis*, *Picatrix: liber de imaginibus Salomonis*, *Heptameron sev Elementa Magica* de Pedro de Abano, *Clavicula Salomonis hebraeorum regis* de Abrahamo Colorno, *Les Vrais Clavicules du Roi Salomon par Armadel*, etc.)

En otro orden, ya desde el siglo XIV aparecían testimonios de su prohibición y persecución, y parece ser que fue Inocencio VI, a mediados de dicho siglo, el primer pontífice que ordenó su quema. Por otro lado, el antisemitismo se configuraba como otro factor que recalcaba lo sospechoso de sus contenidos y su catalogación como un texto demoniaco. A esto se sumó la convicción paulatina de que Salomón no era el autor de dicho texto, lo que

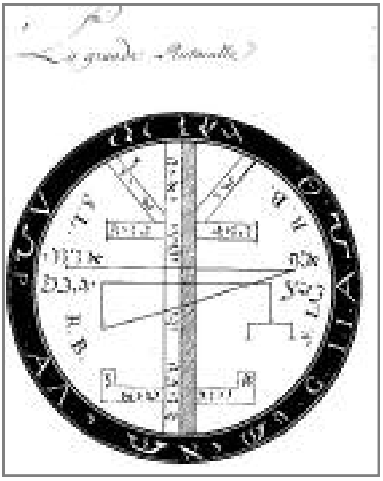
sin duda mejoró la reputación del soberano en el mundo cristiano. La privación de dicha autoridad, en consecuencia, no sólo no ayudaba en impedir la persecución del libro, sino que servía como un argumento más. Dadas las circunstancias represivas, su divulgación se produciría de un modo muy discreto y, dado su carácter culto o "científico", su ámbito de difusión era bastante selectivo. Su circulación habitual entre miembros del estamento noble, eclesiásticos, universitarios, etc., a diferencia de otros textos de acceso más popular, permitió, por otro lado, que salvo deslices no fuera frecuente localizarlo y pudo así librarse de purgas y quemas con más facilidad que otros títulos.

No obstante, como sucedió con otras obras, la invención de la imprenta facilitó la conservación y divulgación de la *Clavícula de Salomón*. Es más, durante 1480 y 1680 se asistió a un esplendor de la Magia ritual sin precedentes en el mundo cristiano. Los nuevos aires del Humanismo facilitaron su florecimiento, dentro de ese *maremagnum* cultural que caracterizaba el Renacimiento y que favorecía el estudio y la transmisión de supuestos saberes ancestrales, testimonios de la *Antica Sapientia*. En un momento en que el impulso racionalista se conjugaba con la más ávida y abierta curiosidad, bajo el auspicio de la *concordatio* entre el mundo antiguo y el moderno, la ciencia antigua y la fe cristiana, la Magia despertaba un vivo interés. De este modo, gracias al empuje humanista, la Magia recuperó posiciones en la escena cultural y gozó de gran crédito, tanto por defensores como por atacantes.

Este renacimiento de la Magia, en gran medida cristianizada o enclavada en una tradición judeo-cristiana o gnóstica y que atendía a su definición grecolatina, contó con la contribución mayor o menor de notables figuras coetáneas. Así, entre estas figuras europeas destacaron nombres como los de Pedro de Abano (1250-1316), Johannes Heindenberg Tritemius (1462-1516), Giovanni Pico della Mirandola (1463-1494), Heinrich Cornelius Agrippa von Nettesheim (1486-1535), Philipus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim Paracelsus (1493-1541), John Dee (1527-1608) Giambattista della Porta (1538-1615) o Giordano Bruno (1548-1600), por citar algunos de los más significativos y con obras reconocidas o atribuidas.

La Magia como disciplina extraoficial tuvo, pues, una notable popularización, reflejada en la literatura de la época (sobre todo, teatro, novela o pliegos de cordel). Igualmente, dada la demanda pública se contempló como un excelente negocio, pese a los riesgos de publicar libros con contenidos peligrosos para la fe. Así se sucedieron numerosas impresiones y ediciones de *La Clavícula* teniendo las francesas una notable difusión y distribución

clandestina por España en los siglos XVII y XVIII, pese a las prohibición eclesiástica y la vigilancia inquisitorial.



El gran pantáculo, Manuscrito Lansdowne 1203 (1641), British Library.



Portada, *Les Clavicules de Salomón*, Arlés, 1634.

Así, entre las muchas versiones, en 1634 aparece publicado, bajo el título *Les Clavicules de Salomon,* una versión en francés por Monseigneur Jean Jaubert de Barault, entonces arzobispo de Arlés (Francia). Según cuenta, es la traducción de un texto en latín, obra a su vez del rabino Abognazar que lo habría traducido a esta lengua del hebreo. De este texto se hizo una copia manuscrita en 1641 que pasaría a formar parte de la prestigiosa biblioteca oculta del marqués Stanislas de Guaïta (1861-1897). En la actualidad se conserva en la British Library (Manuscrito Lansdowne 1203) y cuenta con varias ediciones facsímiles.

No obstante, ya aparecieron en el siglo XX en España, en periodos de un menor celo catolicista o tras los rigores censores del Franquismo, publicaciones en castellano, aunque procedentes de fuentes diversas. Por ejemplo, tenemos:

-*La Clavícula del gran rey Salomón ó sea el verdadero tesoro de las ciencias ocultas y la cábala de la mariposa verde*, del nigromante africano Illensub Oirelav, Barcelona, Maucci, 1908.
-*Clavículas de Salomón, o sea el secreto de los secretos*, traducido del hebreo por Iroe el Mago, Barcelona, Pons, 1922.
-*Las Clavículas de Salomón*, de Eliphas Levi, Madrid, Edaf, 1992.

-*Clavículas de Salomón. Libro de conjuros y fórmulas mágicas*. Barcelona, Humanitas, 1992.
-*Tres libros de Magia*, Hoyo de Manzanares (Madrid), Idea Equipo Editorial, 1999.
-*Las Clavículas de Salomón* o *Secretos de la Magia ceremonial*, Anónimo, Barcelona, Índigo, 2003.

Por otro lado, se vio nacer en la segunda mitad del mismo siglo un interés desde los ámbitos académicos españoles por la investigación de este tipo de literatura mágica, apreciando su valor como testimonio histórico-social. En este sentido, *Las Clavículas* han sido objeto de su atención y, en consecuencia, me permito hacer un inciso y resaltar el estudio que hizo el célebre antropólogo Julio Caro Baroja y cuya lectura fue el detonante de este artículo. En él, dedicaba en concreto a esta obra el capítulo VII, *El libro mágico (La «Clavícula de Salomón*»):

-Julio Caro Baroja [1967]. *Vidas Mágicas e Inquisición*, Barcelona, Círculo de Lectores, vol. I, 1991.

Retomando el comentario de las ediciones referidas, las editoriales Humanitas, Idea Equipo Editorial e Índigo son, de las citadas, las que toman como referente dicha versión francesa. La editada por Maucci desconozco su procedencia, pero el autor africano mencionado se hace ligar a otro texto clásico, el *Dragón Rojo* (1511). Respecto a la de Pons, su origen está en una versión publicada en Amberes en 1721, que recoge una supuesta traducción del hebreo por Iroe el Mago. Por otro lado, la obra de Eliphas Levi (Alphonse-Louis Constant, 1810-1875) es del siglo XIX (*Clefs majeures et clavicules de Salomon*, París, Chamuel, 1895), aunque continuadora de la tradición de la literatura mágica salomónica.

De este modo, tomaremos el más reciente título, de fácil y barato acceso, *Las Clavículas de Salomón* o *Secretos de la Magia ceremonial*, como referente para acometer su comentario, a pesar de lo descuidado de su edición, con un deshoje fácil de la encuadernación, con erratas allí y allá, con errores de traducción, con la penosa resolución de algunas de sus reproducciones facsímiles e, inclusive, con la omisión de alguna ilustración del instrumental mágico (el cortaplumas y el bastón del Arte) que figuraban en el manuscrito original. Así pues, siendo este un libro prohibido, perseguido y quemado hasta finales del siglo XIX, no podemos por menos que felicitarnos de contarlo entre nosotros, lectores instruidos y críticos, a pesar de los recortes, la dejadez y el afán lucrativo de los negocios editoriales.

En cualquier caso, esta revisión es un buen pretexto para asomarnos a un cuerpo de creencias que ha tenido en nuestra cultura una larga vigencia. Es más, hoy en día aún no deberíamos de ser tan tajantes al señalar la Magia como una práctica extinta, propia del pasado. Como vemos, la victoria de San Pedro sobre Simón el Mago no fue definitiva en el desarrollo de la Cristiandad, pues siempre ha habido una resistencia a considerarlo como algo caduco o inútil incluso desde las mismas instancias eclesiásticas. Aunque ciertamente, el hecho mágico no se puede vivir en su dimensión social con la misma intensidad que en tiempos pretéritos.

Pero, ¿qué es la Magia? O, mejor dicho, ¿qué son las Magias?

Las Magias

En principio, siendo la Magia una, se ha distinguido entre dos tipos fundamentales a tenor de su finalidad benigna o maligna, estableciéndose una Magia lícita y otra ilícita en aquella culturas que la han practicado. En el caso de la cultura occidental, se ha determinado la existencia de una Magia blanca o Teurgia, vinculada a lo divino, al Bien, y una Magia negra o Goetia (o Goecia), vinculada a lo diabólico, al Mal. La más clara distinción entre ellas se fundamenta en el uso y la finalidad de sus prácticas mágicas, pues comparten los mismos principios teóricos y operativos y el planteamiento de partida asumido por sus practicantes de que la Magia blanca es superior en poder, pues su practicante cuenta a su favor con el poder supremo de Dios.

Antes de proseguir, parece conveniente aclarar como distinción entre las prácticas mágicas y las prácticas religiosas, como la cristiana, que la Magia se definiría como una acción individual que interviene instrumentalizando a los seres espirituales o a Dios, al servicio de la voluntad del hombre. Mientras, por su parte, las prácticas religiosas pedirían y esperarían la intervención de los seres espirituales o de Dios, siendo el sacerdote un simple mediador del poder de Dios. Dios es la parte activa y ejecutora, la Voluntad. Así planteado, parece que la Magia se situaría a medio camino entre la Religión y la Ciencia, estando más próxima la figura del mago a la del científico que a la de un chamán, un sacerdote o un santo.

Siguiendo con esa visión dual, en el Renacimiento se estableció una clasificación pareja desde los términos de Magia natural (o elemental) y Magia diabólica, ligada a la brujería o la hechicería. La primera clase actuaba como una ciencia o pseudociencia, cuyo objeto era hurgar en los secretos de la Naturaleza y de la que se derivaría la Física moderna y, que frecuentemente se ligaba con otras artes o ciencias como la Astrología, la

Alquimia o la Medicina. Alguno de los títulos más representativos de esta modalidad serían *De Occulta Philosophia Libri Tres* (1510, publicada en Bonn, 1532/33), de Cornelius Agrippa von Nettesheim, o *Magiae Naturalis Libri XX* (1558, publicada en Nápoles, 1589), de Giambattista della Porta.

Respecto a la Magia diabólica su persecución fue feroz y se ligaba a combatir una serie de prácticas que violaban las enseñanzas cristianas e incurrían en el mal obrar y en el fin malicioso. En este sentido, era implacable el combate de todo aquello que incurriese en un posible pacto diabólico o en actividades nigrománticas, esto es, que se sirviesen de la invocación de demonios o de los muertos, la profanación o el uso de partes del cuerpo, huesos, vísceras, tejidos, pelos o fluidos humanos para sus actividades.

Indudablemente, el mismo impulso humanista abrió la puerta a esta literatura, pues algunos libros se movían en una cierta ambigüedad, como es el caso de nuestro manuscrito de las *Clavículas*, el *Enchiridion Leonis Papae* (Roma, 1525) o el peligrosísimo *Arbatel,* también conocido como *El Isagogo o De Magia Veterum* (Basilea, 1575). U otros se mostraban como auténticos tratados de Magia negra, más o menos disimulados, como es el caso del *Grimorium Verum* (Menfis, 1517), que en su presentación se decía que era *Las Clavículas* de los rabinos hebreos y cuyo lugar de publicación es discutible, o también el *Grimorio del Papa Honorio* (Roma, 1760). Por otra parte, aunque la Magia blanca ha gozado comúnmente de una tolerancia general no ha estado libre de sospechas en numerosas ocasiones, tanto por sí misma o como por presentarse como puerta de entrada a otras prácticas perniciosas. Pues, es evidente que la frontera entre una práctica lícita o una ilícita es tan frágil que un mago blanco puede traspasarla, si no tiene el suficiente control sobre sus pasiones y motivaciones. El servir al beneficio propio, el coartar la libertad de las personas sometiendo su voluntad, el perjudicar o llevar a la muerte a la víctima de un hechizo o invocar a espíritus infernales llevaba irremediablemente al oficiante al mundo de la oscuridad. Así, a menudo la propia intención u objetivo traspasaría una práctica blanca a la Magia negra. Igualmente, se podía incurrir en un traspaso si dicho mago blanco se veía tentado, al tener un posible acceso a ciertos secretos de la Magia negra, a servirse de sus prácticas. He ahí la tragedia, por ejemplo, de San Cipriano de Antioquía o de Fausto.

Salomón el Mago

Curiosamente, algunas tradiciones legendarias hacen del rey Salomón un verdadero mago. No obstante, su alineación en el lado de la Magia blanca ha sido un poco inestable si damos crédito a ciertas historias

y a los textos que se le atribuyen. Aunque sí hay otra cosa que caracterizó a Salomón aparte de su sabiduría, es su capacidad para el arrepentimiento, recordando (gnósticamente, eso sí) que no se puede ser sabio y vencer al mal sin conocer de modo práctico el mal. En cualquier caso, Salomón pasa por ser el mago blanco de entre los más blancos, aunque tuviese su momento de apostasía.

Sin duda, la aparición nocturna en sueños de Yavé en Gabaón, tras los sacrificios realizados en su altar, para contentar el deseo de Salomón de tener un corazón prudente para juzgar y discernir lo bueno y lo malo, se asemeja a una práctica mágica con objeto de contactar con la divinidad. Es más, dicha historia no es muy distante de algunas provenientes del mundo oriental donde se describen rituales mágicos y que podemos encontrar, por ejemplo, en recopilaciones tan populares como *Las mil y una noches* (*Alf layla wa-layla*, s. IX y ss.), iniciada por Abu abd-Allah Muhammed el-Gahshigar a partir del libro persa *Hazâr Afsâna* y donde se reúnen historias persas, indias, egipcias o árabes. Así, en dicho episodio bíblico y a modo de enseñanza o de moraleja cuentera, la humildad del rey se recompensaba, además, con aquellas cosas que no osó pedir y que hubiesen sido dignas de un alma materialista o vanidosa: riquezas y gloria.

En verdad, la tradición árabe y su fascinación por los encantamientos y los talismanes ha prodigado en mucho esta vertiente mágica de Salomón (Suleimán), con la proliferación de numerosas historias. Este hecho fue investigado por Gustav Weil, autor de un excelente libro donde recopila y analiza esta visión islámica del mundo y los personajes bíblicos, *Biblische legenden der muselmänner*, Francfort, 1845.

Así no es extraño ver volar sobre una alfombra a Salomón con su séquito o atender a historias que nos relatan la entrega al rey del Sello de Salomón por cuatro ángeles, acompañados de un tetramorfos formado por una ballena, un águila, un león y una culebra, y que consistiría en un pántaculo con la propiedad de controlar a demonios y espíritus y, prácticamente poner al Diablo a su servicio. También, la historias de la Tabla o Mesa de Salomón, donde figuraba inscrito el nombre secreto de Dios, y que evitaba la putrefacción de cualquier alimento puesto encima de ella. O, también, la que narra los avatares del Anillo de Salomón, un poderoso talismán, y en cuya trama se nos cuenta cómo Salomón hizo que un genio hiciera una estatua idéntica al padre de una de sus trescientas concubinas a la que quería contentar, para que ésta le adorase. No obstante, esta práctica idólatra y que recuerda a ciertas prácticas de sometimiento erótico, fue castigada por Dios, dejando que el ángel rebelde Sakhr le hurtase tan preciado anillo como

escarmiento. Sin duda, el poder conlleva la tentación del exceso o la relajación y en el mundo árabe se entendía que ciertas prácticas, que atentaban con los mandamientos coránicos, formaban parte de la Magia ilícita. Para no dejar al lector en ascuas, tras su arrepentimiento y ciertos avatares, el anillo volvió a Salomón. Una historia más y que afecta a nuestro libro nos cuenta que Salomón inició la construcción del Templo sirviéndose de sus obedientes genios. Mientras se concluía con las obras, Salomón estimó que debían de guardarse bajo su trono todos sus libros, a la espera de un lugar mejor. Pero aconteció un incendio y todos ellos acabaron calcinados por las llamas, excepto *El Testamento* y *La Clavícula*. Títulos que posiblemente se reunieron posteriormente en un mismo texto, el texto que nos traemos entre manos.

También, habría de no pasarse por alto la confirmación del poder mágico de Salomón por parte del *Corán.* Así, se nos cuenta que Salomón dominaba los vientos y las tormentas, los genios constructores y los genios buceadores, y hasta los pájaros, pues gracias a su padre David era conocedor de su lenguaje (*Azoras* XXI, 81-82, XXVII, 17, XXXIV, 11, XXXVIII, 35-37). Extremos que, en cambio, no son referidos en otros textos sagrados hebreos o cristianos.

Por otro lado, el nombre de Salomón ya figuraba escrito en textos mágicos, como se hacía con otros nombres de la tradición judeocristiana como Jacob, Isaac, Moisés, Abraham o Jesús durante el Imperio Romano. Esto queda registrado en distintos papiros greco-egipcios mágicos de la primera mitad del siglo IV d. C. Como muestra, tenemos dos prácticas, las tituladas *Trance de Salomón*, para vaticinar con un *medium*, y *Exorcismo de Pibequis*, donde se hacía referencia al uso del Sello de Salomón en exorcización (*Gran Papiro Mágico Parisino*, P IV, 6 y 24). A esto añadamos las citadas referencias de un historiador hebreo como Flavius Josephus (Yosef Bar Mattityahu), fariseo descendiente de una antigua familia de sacerdotes hebreos, donde comentaba la existencia ya en el siglo I d. C. de un posible manuscrito sobre magia escrito por Salomón; u otros testimonios que nos señalaban que en el siglo III y en el IV d. C. circulaba un *Testamento del Rey Salomón*. Pruebas, sin duda, de la gran estima que se tenía en la Magia antigua del poder mágico de este soberano y de una serie de objetos mágicos atribuidos a su creación, que conllevaba una especial caracterización del pueblo judío a ojos de los pueblos gentiles como reputados magos.

Sin duda, esta construcción de una leyenda mágica salomónica en los tiempos medievales servía de eficaz argumento a la atribución de diferentes textos hebreos de Magia como obra del rey Salomón. ¿Quién, si no,

habría podido tener conocimientos tan elevados y notables en aquel tiempo, sino el sabio de entre los sabios? No obstante, la atribución de este tipo de textos a reyes, patriarcas, santos, papas, etc. suele responder bien a un recurso para dotarle de una autoridad que favorezca su perpetuación en el tiempo; o bien una mera estrategia de protección de sus autores, copistas o impresores frente a una persecución, o bien para tener una feliz vida comercial, como se hará evidente en siglos más recientes.

En cualquier caso, los grandes secretos de la Magia no podían de ninguna manera quedar por escrito, pues corrían el tremendo riesgo de llegar a manos inadecuadas. Su transmisión, como sucedía también en el Arte hermético o la Cábala, se realizaría plenamente por vía oral, pasando, de este modo, de maestro a discípulo, y sin temor a que se extinguiese la línea de transmisión, pues Dios, del que emana todo saber, en cualquier momento iluminaría a cualquier otro, con los requisitos necesarios, dado el caso. Esta certeza nos hace suponer en buena medida, más allá de la cuestión de la funcionalidad de la Magia como ciencia o arte, que gran parte de esta literatura o representa una parte incompleta o ínfima de este saber oculto o bien se trata de mistificaciones o supercherías.

La práctica mágica

Dejando aparte la distinción entre Magia blanca y Magia negra y cualquier posible paralelismo entre las prácticas mágicas y las liturgias religiosas, toda práctica mágica se funda, por tanto, en la palabra y la acción. En el mundo antiguo, los elementos esenciales de la práctica mágica son el logos, el sahumerio, el sacrificio, la libación, el amuleto, etc. y así se han perpetuado hasta nuestro presente. Los materiales empleados en el ritual mágico siempre habrán de estar en consonancia con las divinidades implicadas, teniéndose en cuenta toda una serie de correspondencias, preparativos y cuidados en la ejecución ritual. Éste es el principio básico de la magia: la simpatía universal y la derivada resonancia de las acciones; junto a una concepción dinámica o pneumática de la realidad, que en el caso de las culturas monoteístas procede de Dios.

El objetivo final está en el conocimiento de algo, la realización de un deseo u obtener un bien material por medios no naturales, no alcanzables por un ser humano desde su condición de ser limitado. El mago, en consecuencia, tal y como indica José Luis Calvo Martínez y Mª. Dolores Sánchez Romero (*Textos de magia en papiros griegos*, Madrid, Gredos,1987), debe superar las leyes de la Naturaleza que limitan su poder como hombre por medio de tres procedimientos:

1) El mago se convierte en un ser sobrenatural, mediante la inmortalización (*apothanatismós*). Consiste unas veces en la solarización del mago, su unión con la divinidad solar. Otras veces, en la toma del aspecto de una iniciación mistérica, que le permite retornar a una primitiva naturaleza inmortal, tras un viaje por el mundo cósmico que culmina en su encaramiento con el dios supremo y así conocer su verdadero nombre, la gnosis suprema.

2) El mago burla las cadenas de la Necesidad, al conseguir que un dios del mundo superior astral actúe a su favor, directamente o por medio de un ser intermedio, *deimon*, ángel o arcángel.

3) El mago obliga directamente a un ser intermedio inferior, *deimon* o ánima, a que se ponga a su servicio. Para ello, el medio más notable es el terror o la coacción, amenazando a estos *deimones* con revelar sus secretos. Dado que los *deimones* sublunares que habitan en los cuatros elementos o en el submundo son álogos, el mago puede engañarlos fingiéndose un dios de la esfera superior.

Este tercer modo es el más comúnmente empleado en la Magia. En el caso de *Las Clavículas de Salomón*, observamos que lo más recurrente es el segundo modo y el tercero, partiendo de un planteamiento teocéntrico al que se someten los entes espirituales y las fuerzas naturales. Cabe recordar que en la Magia monoteísta, tanto judía, cristiana o musulmana se dota al nombre secreto de Dios de un poder ilimitado.

Respecto a las prácticas mágicas más serias, en términos generales se distinguen cuatro conjuntos principales:

1) Las instrumentales, que no buscan un objetivo concreto, sino que sirven para todo, y las hay de dos tipos:

a) La consagración del mago o su contacto directo con la divinidad para adquirir su *dýnamis*, *pneûma* o *apórroia*, que le servirá para aquello que se proponga.
b) El sometimiento por el mago de un *deimon*, para retenerlo temporal o permanentemente como siervo.

2) Las destinadas a conseguir bienes externos. Puede ser por medio de un ritual simple o por la posesión de un amuleto o de un talismán.

3) Las mancias, que permiten obtener conocimientos de diverso orden. En este caso, la pretensión del mago no es fundirse con la divinidad,

sino conocer el nombre verdadero de la divinidad, para usarlo con fines inmediatos y, frecuentemente, lucrativos. Con él se conoce el pasado, el presente y el futuro. Hay cinco tipos de prácticas mánticas.

a) La comunicación profética directa con la divinidad mántica (*sýstasis*). A veces el dios se vale de un *medium* humano.
b) La petición del concurso de un *deimon* profético. Se le seduce con un cebo y se secuestra, para obligarle a vaticinar. Si el *deimon* es peligroso, el mago se protegerá con un amuleto, por ejemplo.
c) La revelación onírica. Se suplica a una divinidad el envío en sueños de un *deimon* profético o enviárselo a otra persona. Por lo general, se acompaña con rituales en los que se puede plantear aquello que se desea saber.
d) La adivinación con un *medium* que será el receptor de visiones o revelaciones nocturnas. Por lo común ha de tratarse de un joven inocente o purificado y sin defecto alguno y habrá de protegerse con amuletos de los riesgos del contacto con la divinidad. Tras el trance, el dios ha de ser liberado del *medium* (*apólysis*).
e) La comunicación mántica con el dios mediante el fuego (licnomancia o lecanomancia) o mediante el agua (hidromancia o fialomancia).

4) El sometimiento (*hypotaktikón*) de la voluntad de una persona. Hay dos modalidades, la maléfica y la erótica, y se dirigen a divinidades nocturnas o subterráneas, que en el contexto cristiano se considerarían diabólicas.

a) El sometimiento maléfico puede ser con fines preventivos o para causar perjuicio. En estos casos, se implica a una divinidad del submundo para que envíe un *deimon*, por lo común un fallecido por causas violentas o muerto prematuramente. Éste ente será el agente de la enfermedad, la ruptura o la muerte de la víctima del rito mágico.
b) El sometimiento erótico también requiere de un *deimon* al que se insta a causar daño, enfermedad o insomnio a la persona deseada, hasta que se cumpla el deseo del mago. En otras ocasiones, al *deimon* se le pide que tome la forma del dios que venera dicha persona con el fin de persuadirla.

Las práctica en *Las Clavículas*

Volviendo a la edición mencionada de Índigo, que sigue la edición de Arlés y el Manuscrito Lansdowne 1203, la serie de conocimientos que trans-

mite *Las Clavículas de Salomón* se distribuiría en cuatro libros.

I) El primer libro tiene un evidente componente astrológico, que reviste a la obra de un aparato cientifista. Tras una presentación de mano de Salomón a modo de testamento con distintos avisos y primeras indicaciones, se hace referencia a todo un conjunto de correspondencias que afectarían a la feliz resolución de los rituales que se van a describir. Así en el texto y mediante tablas se relacionan de una u otra forma las horas, los días de la semana, los meses, las estaciones, los puntos cardinales, los planetas, los signos del zodiaco, las piedras, los metales, los colores, los animales sagrados, las aves, los peces, los árboles, las hierbas, los inciensos, los ángeles, los príncipes, los espíritus o las legiones. Después, se nos ofrece un catálogo de caracteres, sellos, letras y nombres mágicos de ángeles, espíritus y planetas y que se aplicarán grabados o escritos durante el ritual (en pergaminos, placas, figuritas, etc.) o en la elaboración de talismanes o pantáculos.

II) El segundo libro se ocupa de la preparación del lugar y su mobiliario, el vestuario, el instrumental, los materiales, las víctimas de los sacrificios y el libro del mago; recalcando la pulcritud y exactitud en los preparativos y en la ejecución del ritual. Aquí ya empiezan a mencionarse distintas oraciones, exorcismos e invocaciones mágicas.

III) El tercero versa de la práctica en sí, con una serie de operaciones en cuya realización se requerirá un momento propicio y el empleo de ciertos instrumentos, materiales, sahumerios, oraciones, etc. Se reitera la advertencia de no violar ninguna ley divina ni dejarse llevar por las pasiones humanas. No obstante, algunas de las quince prácticas reveladas versan sobre asuntos que incurren en acciones no lícitas a ojos de la fe cristiana, como hechizos para captar un amor o perjudicar a alguien. Las cuatro últimas explican la elaboración de cuatro anillos astronómicos o talismanes.

IV) El cuarto y último libro nos describe la elaboración de treinta y cinco pantáculos, para diversos fines, incluso, según su aplicación éstos tienen diversos resultados. En general, se prestan a ese triple conjunto de objetivos de las prácticas mágicas: de carácter profiláctico, terapéutico y traumatúrgico. Al final de esta cuarta parte, se remata toda la obra con una nueva advertencia que incide en el cuidado, la corrección, la literalidad, la fidelidad a Dios, el hermetismo y la difusión selectiva por parte del mago.

Veamos ahora una pequeña clasificación de los objetivos que se enuncian:

CAMPOS BÁSICOS	UTILIDADES	PRÁCTICAS	PANTÁCULOS
AMOR	Conseguir el amor de alguien	3	1
	Tener amor y obediencia popular		2
	Hacerte amable a los otros		1
	Alejar el odio		1
	Que hablen bien de uno	1	
	Convertir al enemigo en amigo		1
SALUD	Inmunidad frente a la agresión física	1	2
	Proteger frente a la aflicción, la tristeza o la melancolía		2
	Proteger frente a la apoplejía		1
	Proteger del calor natural		1
	Curar la impotencia o la infertilidad		1
	Proteger de la cabalgadura		1
	Proteger en los viajes		2
	Proteger contra los venenos		2
	Proteger de hechizos y encantamientos		2
LUCRO	Descubrir tesoros o riquezas	1	1
	Otorgar el favor de los poderosos		2
	Conseguir altos cargos		1
	Tener negocios prósperos		3
	Aumentar las riquezas		1
	Tener fortuna en el juego		1
	Proteger las riquezas		1
	Proteger frente a robos		1
	Tener pesca abundante		1
	Tener ganado próspero, gordo y prolífico		1
PODERES	Invisibilidad	1	
	Viajar velozmente	1	
	Hacer invencible una fortaleza		1
	Tener éxito al construir un edificio		1
	Tener fuerza y valor en la batalla		1
	Alejar el miedo		1
	Provocar tormentas		1
	Cesar tormentas		1
	Salir airoso de juicios		1
	Confección de talismanes	4	
	Someter a cualquier criatura		1
	Someter un animal		1
	Someter a una persona		1
	Proteger frente a los poderosos		2
	Someter a espíritus, ángeles o demonios		13

CAMPOS BÁSICOS	UTILIDADES	PRÁCTICAS	PANTÁCULOS
CONOCIMIENTO	Preguntar cualquier misterio a las Inteligencias	1	
	Descubrir a un criminal	1	
	Tener una memoria proverbial		1
	Comprender toda ciencia		1
	Capacitar para toda ciencia a los nacidos en febrero		1
DAÑAR	Evitar que consiga caza un cazador	1	

Parece probable que el contenido de este libro pudiese ajustarse a la personalidad de un rey como Salomón. Hay referencias al conocimiento, a la salud física y emocional, a la obtención de riquezas y premios, al terreno del amor, al afán de gloria, etc. Pero, más bien, respondería a una serie de necesidades o inquietudes compartidas por la humanidad y que aún hoy están muy presentes, siendo su presencia un mero acto testimonial de la identidad hebrea de este texto, tan misterioso en muchos sentidos, y cuyo fundamento sea posiblemente anterior al nacimiento de tan celebrado monarca.

Evidentemente, asistimos a todo un compendio de deseos y aspiraciones que, más allá de su enunciado histórico, no dejan de coincidir en sobremanera con el conjunto de necesidades y deseos del hombre contemporáneo. Sorprende, por tanto, que el hombre vaya modificando las formas de dar contento a dichas necesidades y sueños a lo largo de la Historia, planteándose métodos y vías cada vez más precisas y certeras. Sin duda la Magia poco tiene que decir en nuestro tiempo, pero nos da un rico testimonio de cómo se manifiesta la voluntad del hombre en unas determinadas épocas y cuales eran sus aspiraciones básicas: amor, salud, riqueza, poder, conocimiento, dañar o hacer justicia, etc.

En definitiva, vemos cómo la magia hebrea mantiene unas pautas literarias tópicas en un género literario prodigado ancestralmente: un maestro transmite a un discípulo su saber, fruto de una larga tradición, y le ordena conservarlo indemne y en secreto. Una estructura que denota un mundo cerrado, donde el conocimiento, por poderoso, debía quedar resguardado y libre de desvirtuarse. También, en otro orden, que la Magia se ha ido adaptando a la realidad histórica de cada época o a su desarrollo en culturas cuyos credos podían ser bastante distantes, prestando gran atención al traspaso de las concepciones politeístas a las monoteístas y ahora, a un mundo laico. Ha sido su modo de sobrevivir a convulsiones culturales impresionan-

tes en los últimos siglos, procurando equilibrar su verosimilitud en la posibilidad de alcanzar sus objetivos a través de los medios que propone y a su vez manteniendo ante la mirada del público su percepción como algo extraordinario.

Por otra parte, llegamos a comprender que el hombre mira el mundo con muchos ojos y lo interpreta con muchas miradas. Diseña estrategias, según su ordenamiento del mundo, que le son útiles para enfrentarse con lo que puede desbordarle o sobrecogerle. En algunas ocasiones, el ejercicio de la acción está restringido a unos pocos y en otras, a muchos más; y lo mismo puede decirse de su disfrute. Indudablemente, la Magia pierde buena parte de su sentido en una sociedad laica y democrática, donde la Felicidad debe de alcanzarse por parte de todos sin exclusiones y el conocimiento debe hacerse público y compartido. Por otra parte, pese al enfrentamiento entre Religión y Ciencia, ambos han combatido la Magia y la han desarmado grandemente al desarrollar excelentes alternativas prácticas a su recurso. Por otro lado, la Ciencia ha acabado sirviendo a la Religión, aunque existan debates sobre cuestiones éticas. Pero el no abordar temas tan delicados como la existencia de Dios o el mundo espiritual por la Ciencia (al menos oficialmente) le permite una feliz coexistencia con la Religión.

Finalmente, tras ver qué cosas parecían dignas de buscarse a través de actos tan especiales como los mágicos, vemos que nuestro mundo ha desarrollado, desde sus parámetros racionalistas o científicos, una serie de medios para dar satisfacción a esas necesidades del hombre antiguo o, más seguramente en estas ediciones, el del siglo XVII. Así, la política, la propaganda o las campañas de imagen, las técnicas de persuasión o la diplomacia, la psicología, la etología, la sociología, la estadística, la física, la química, la medicina, la veterinaria, las compañías de seguros, la seguridad ciudadana o privada, la criminología, la tecnología, la ingeniería y la arquitectura, el desarrollo de los medios de transporte, la didáctica, la divulgación científica, la biología, la meteorología y el conocimiento del medio, entre otras muchas técnicas, sistemas, ciencias, instituciones, etc., sirven en la realización de todos los objetivos mencionados en las prácticas de *Las Clavículas*, posiblemente de un modo más prosaico, pero seguro. Incluso, tenemos tal desarrollo del mundo criminal que en caso de querer realizar un acto de sometimiento (extorsión, asesinato, dejar sin caza a alguien, etc.) nos sería más sencillo acudir al crimen organizado que invocar a demonios y, quizás no tan caro como acudir a un mago. Pero esta vez, la realización se puede efectuar de un modo accesible a todos, pues el conocimiento es público, y resolver los problemas de un modo directo.

No es necesario acudir a ángeles o demonios, pues aparte de que ya el ser humano reúne ambas características, se parte de la comprensión en detalle de los fenómenos desde la razón, aunque no resulte tan espectacular. Quizás la efectividad de estos medios pueda mejorarse o cumplimentarse con otros recursos intelectivos, o pueda mejorarse la "invocación" y calidad de nuestros mediadores humanos, pero verdaderamente suponen una liberación del hombre de cualquier instancia divina o diabólica, en pos del conocimiento integral de un mundo unitario. El hombre desde el hombre acomete la empresa de crear una sociedad del bienestar, donde el contento de su deseos o su felicidad son posibles y en la que también hay lugar, como en los tratados de Magia, a las advertencias contra el exceso o la perversión.

FERNANDO FIGUEROA SAAVEDRA